

Stefan Zweig: profeta de la nación brasileña*

Afrânio Garcia Jr.

Victor Karady es un cientista social que, a mi criterio, encarna al intelectual cosmopolita, practicante de un internacionalismo sin fallas. Esta admiración viene también de mi condición de inmigrante intelectual: la generosa solidaridad con los recién llegados en los países de Europa occidental es algo para destacar incluso cuando los extranjeros se convierten en referencia obligada en la explicación de las trayectorias de los autores intelectuales que pertenecen al panteón intelectual de los centros culturales hegemónicos, como es el caso de sus investigaciones históricas sobre los orígenes y modos de funcionamiento de la escuela de pensamiento sociológico conformada en torno a Emile Durkheim. Como Karl Polanyi (1886-1964), quien transformó la percepción de los historiadores ingleses de la revolución industrial e instauró el debate en los Estados Unidos sobre el carácter instituido del «sistema de mercado formador de precios», Victor Karady ha logrado ofrecer un punto de vista desencantado del emprendimiento pionero de los durkheimianos, permitiendo una mejor comprensión de su proyecto científico y la edición de textos desconocidos, incluso en Francia. Esa capacidad de revertir el desfavorable destino de la emigración impuesto por las circunstancias nos lleva a preguntarnos si la virtud de transformar «un impedimento en una ventaja» no tiene orígenes húngaros. Las marcas de su 'proximidad distante' con Francia se manifestaron desde la llegada a este país, después de dejar su Budapest natal, cuando los tanques rusos aplastaron la insurrección de 1956. ¿Será su cosmopolitismo una forma de renacimiento en un universo desconocido, pero que mantiene las posibilidades de hacer revivir los vínculos y las expectativas suscitadas por el universo de origen, que todo inmigrante no puede nunca sofocar? Lo que es cierto y seguro es que Víctor Karady ha demostrado que la condición de extranjero podía armoni-

zarse con el proyecto de construcción del conocimiento más universal. El presente estudio trata de seguir las huellas de sus cuestionamientos para entender la génesis de la valoración del lazo nacional y las transformaciones del espacio político e intelectual que acarrea.

Brasil, país del futuro es el título de un libro de Stefan Zweig destinado a ser una representación colectiva de la nación; todas las generaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial han conocido desde la infancia esta expresión divulgada por los manuales escolares, cuyo eco sostenía la esperanza de ver un moroso pasado, asociado a la esclavitud y a la colonización predadora, transmutado en el florecimiento de una colectividad gestionada de manera democrática y dotada de poderío económico. Una suerte de presagio que se deseaba ansiosamente ver materializado, y cuyo origen estaba más allá de todo cuestionamiento. Sin embargo, al concentrar la atención en el autor de la fórmula y en las condiciones de su inmediato éxito, nos encontramos con una serie de enigmas interrelacionados. ¿Cómo es posible que un escritor europeo tan reconocido, uno de los autores más vendidos del período de entreguerras, apóstol, si los hay, del individualismo y del pacifismo, opositor de los nacionalismos que dieron pie a guerras asesinas, haya podido redactar una obra que fue leída como un elogio del nacionalismo cultural brasileño promovido por el régimen de Vargas en su etapa más autoritaria? ¿Cómo explicar este libro absolutamente único dentro de su prolífica obra, más bien consagrada a la poesía, al teatro, a las novelas y a las biografías? De hecho, el volumen fue publicado en Río de Janeiro el 1 de agosto del 1941 por la editorial Guanabara de Abrahao Koogman con el apoyo de la Dirección de Prensa y Propaganda (DIP) creada por el dictador. Siete meses después, el 23 de febrero de 1942, Zweig se suicidaba en compañía de su mujer, Charlotte Altman, en Petrópolis. ¿Estaría realmente convencido del destino prometedor que su profecía contribuiría a erigir? ¿Puede este asunto reducirse a un nuevo complot organizado por los regímenes autoritarios?

* La versión original de este artículo fue publicada en el número especial de los **Cahiers d'études hongroises** dedicado a homenajear a Víctor Karady en ocasión de su retiro como investigador del CNRS de Francia (Afrânio García, «Stefan Zweig, prophète de la nation brésilienne», **Cahiers d'Études Hongroises**, n° 14, Paris, L'Harmattan, 2006, pp. 69-84).



La sociología de las condiciones de existencia y de difusión de esta obra, tal como siempre la ha practicado Víctor Karady —en sintonía con el proyecto científico de Pierre Bourdieu—, permite comprender mejor los aspectos intelectuales, sociales y políticos encerrados en este episodio, incluido el interés de los distintos protagonistas por no esclarecer sus malentendidos.¹ La exhibición de la máscara mortuoria de Stefan Zweig, en la vitrina de una librería brasileña, me conmocionó particularmente. ¿Acaso la valorización de la colectividad nacional se habría servido de la prueba del sufrimiento del prójimo para alabar los méritos de cierta literatura? ¿Seremos los herederos de violencias de las cuales ignoramos casi todo, incluso su propia existencia? Zweig concluyó su autobiografía en 1941 en Brasil, aunque recién fue editada en 1944, dos años después de su muerte trágica. Allí señala, desde el principio, de qué forma las fuerzas en guerra consteñían sus posibilidades de narrar su propia vida:

Soy consciente de las circunstancias adversas, pero sumamente características de nuestra época, en cuyo marco intento plasmar estos recuerdos míos. Los escribo en plena guerra, en el extranjero y sin nada que ayude a mi memoria. En mi habitación de hotel, no dispongo de un solo ejemplar de mis libros, ni de apuntes, ni de una carta de amigo. No puedo ir a buscar información a ninguna parte porque la censura ha interrumpido o ha puesto trabas a la correspondencia en todo el mundo. Vivimos ahora tan aislados como hace siglos, cuando aún no se habían inventado los barcos de vapor, los trenes, los aviones y el correo. De modo que no guardo de mi pasado más que lo que llevo detrás de la frente. En estos momentos, todo lo demás me resulta inaccesible o, incluso, perdido.²

Este aislamiento, correlativo de la situación de extranjería, no lo lleva al camino de la introspección y la intimidad, como en tantas novelas suyas, sino a buscar lo que en su propio destino procedía del de toda su generación:

Tampoco será *mi* destino el tema de mi narración, sino el de toda una generación, la nuestra, la única que ha cargado con el peso del destino, como, seguramente, ninguna otra en la historia (...). Nosotros, en cambio, los que hoy rondamos los sesenta años y *de iure* aún nos toca vivir algún tiempo más ¿qué no hemos visto, no hemos sufrido, no hemos vivido? Hemos recorrido de cabo a rabo el catálogo de todas las calamidades imaginables (y eso que aún no hemos llegado a la última página). Yo mismo, por ejemplo, he sido contemporáneo de las dos guerras más grandes de la humanidad, y

cada una de ellas la viví en un bando diferente: una en el alemán y otra, en el anti alemán. (...) Por mi vida han galopado todos los corceles amarillentos del Apocalipsis, la revolución y el hambre, la inflación y el terror, las epidemias y la emigración; he visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideologías de masas: el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea.³

Brasil, con toda evidencia, no constituía un refugio protector que permitiera el olvido de las tragedias de las cuales había sido testigo o protagonista; avivó el deseo del examen reflexivo sobre su propia existencia y le permitió tal vez tomar cierta distancia ante las urgencias por asegurarse la supervivencia. El que había celebrado las virtudes del individualismo se veía obligado a expresar el carácter insoportable de las cadenas de interdependencia creciente entre los individuos de todo el planeta:

Cuando las bombas arrasaban las casas de Shanghai, en Europa lo sabíamos, sin salir de casa, antes de que evacuasen a los heridos. (...) No había país al que poder huir ni tranquilidad que se pudiese comprar; siempre y en todas partes, la mano del destino nos atrapaba y volvía a meternos en su insaciable juego.⁴

Todos los hilos conductores que daban sentido a lo que se llama «una vida» parecían haberse desplomado al abrirse las hostilidades en Europa. Dar testimonio de estas observaciones, de sus esperanzas, de sus esfuerzos por entender lo que estaba pasando, es lo que quedaba por hacer para legar a las generaciones siguientes una percepción del mundo de ayer:

Así, pues, no actúo gratuitamente cuando acabo de momento esta mirada retrospectiva sobre mi vida en una fecha determinada. Es que aquel día de septiembre de 1939 pone punto final definitivo a la época que formó y educó a los que ahora tenemos sesenta años. Pero si con nuestro testimonio logramos transmitir a la próxima generación aunque sea una pavesa de sus cenizas, nuestro esfuerzo no habrá sido del todo vano.⁵

De hecho, la residencia en el Brasil, aunque fuese provisoria, parecía poco probable si uno se sitúa en una época anterior a los años 1930. Menos probable aún si se la elegía como objeto intelectual o como simple curiosidad. La introducción de **Brasil, país de futuro**, vuelve sobre las imágenes suscitadas por la evocación de ese país antes de viajar allí en 1936, después de haber aceptado viajar a la Argentina por invitación del PEN Club. Hay que resaltar que las obras de Stefan Zweig empezaron a traducirse al portugués y publicarse en el Brasil en 1932, el mismo año en el que empezaron a inquietarlo, incluso a perseguirlo, en su tierra natal, Austria. Las persecuciones y amenazas en Europa,

¹ Cfr. Pierre Bourdieu, «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 145, décembre 2002, pp. 3-8 [hay traducción castellana en Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999]; Victor Karady «Les Juifs et les Etats-nations dans l'Europe contemporaine (XVIII- XIX siècles)», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 118, juin 1997, pp. 28-54 ; Victor Karady, «La migration internationale des étudiants en Europe 1890-1940», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 145, décembre 2002, pp. 47-60.

² Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* [trad. de Joan Fontcuberta y Agata Orzeszek], Barcelona, Acanalado, 2008, p. 15.

³ *Ídem*, pp. 9 y 12-13.

⁴ *Ídem*, p. 14.

⁵ *Ídem*, p. 15.

que se aceleraron con la subida del nazismo, van a obligar a incluir en la cartografía del escritor cosmopolita a un país clasificado, aún en 1941, como *terra incognita* desde el punto de vista de su producción intelectual, precisando incluso que su desconocimiento sería «tanto como lo fue en el sentido geográfico para los primeros navegantes». ⁶ ¿Qué visión estereotipada marcaba la percepción del Brasil de los residentes de las grandes potencias del hemisferio norte?

Tenía yo la presuntuosa idea media del europeo o norteamericano respecto al Brasil, que ahora me esfuerzo por reconstruir: cualquiera de las repúblicas sudamericanas, que no se distinguen claramente una de otra, con un clima cálido y malsano, condiciones políticas revueltas y finanzas disolutas, negligentemente administrada, y sólo medianamente civilizada en las ciudades costeras, pero de muy hermoso paisaje y grandes posibilidades inexploradas; un país, pues, a propósito para emigrantes desesperados o colonos, pero de ningún modo un país del que pudiera esperarse un aliciente intelectual ⁷

Fue entonces el derrumbe del marco de su existencia cotidiana lo que lo impulsó a ampliar sus horizontes hacia otros universos sociales y culturales. Todo cosmopolitismo de nacimiento tiene como fundamento el pasado de poder del espacio político de la familia de origen, o la riqueza económica, social e intelectual del linaje. El examen del recorrido social e intelectual de Stefan Zweig saca a la luz los recursos movilizados en su oficio de escritor y las bases de acumulación de su notoriedad como artista y como mecenas promotor de las vanguardias. Su itinerario parece fungir como un formidable revelador de la decepción de los científicos y artistas de Viena, nacidos bajo el Imperio de los Habsburgo, que apostaron a los beneficios del liberalismo político y a la creatividad artística y los descubrimientos científicos todopoderosos, más tarde condenados a asistir, sin saber cómo reaccionar, al ascenso de las fuerzas totalitarias y antisemitas (como han mostrado tan sutilmente las notables investigaciones de Carl Schorske y Michael Pollack). ⁸ En un breve resumen de su itinerario personal, Stefan Zweig no duda en hablar de suicidio al referirse a su espacio de pertenencia afectiva, Europa:

Nací en 1881, en un imperio grande y poderoso –la monarquía de los Habsburgos–, pero no se molesten en buscarlo en el mapa: ha sido borrado sin dejar rastro. Me crié en Viena, metrópoli dos veces milenaria y supranacional, de donde tuve que huir como un criminal antes de que fuese degradada a la condición de ciudad de provincia alemana. En la lengua en que la había escrito y en la tierra en que mis libros se habían granjeado la amistad de millones de lectores, mi obra literaria fue reducida a cenizas. De manera que ahora soy un ser de ninguna parte, forastero en todas; huésped, en el mejor

de los casos. También he perdido a mi patria propiamente dicha, la que había elegido mi corazón, Europa, a partir del momento en que ésta se ha suicidado desgarrándose en dos guerras fratricidas. ⁹

Desaparecida la imagen benévola del titular de la monarquía de los Habsburgo, sometida la Viena natal al Tercer Reich, bajo las órdenes de un Führer de origen austríaco, quemados sus libros en la plaza pública como en la época medieval, sólo le quedan a Zweig los recuerdos de un mundo lleno de promesas. La vocación de escritor, adquirida en una edad precoz, podía dar libre curso a sueños de emancipación en ámbitos antiguamente considerados como sagrados, pero su ejercicio no lo guardaba del camino a una posible bestialidad bajo los ropajes de una ideología política. Conclusión: «Para mi profundo desagrado, he sido testigo de la más terrible derrota de la razón y del más enfervorizado triunfo de la brutalidad de cuantos caben en la crónica del tiempo». ¹⁰

El análisis de su trayectoria permite entender cómo ese desamparo se acompañaba de un capital simbólico susceptible de interesar al gobierno de Getúlio Vargas: de **Brasil, país del futuro** salieron 100.000 ejemplares sólo en su edición brasileña; ya desde 1941, en plena guerra, la obra fue traducida y/o publicada en otros cinco idiomas: alemán, español, francés, inglés y sueco. Ningún escritor brasileño de esa época hubiera realizado tal proeza.

I. La precocidad del heredero

Stefan Zweig nació en Viena en 1881 en el seno de una familia de la burguesía judía que, como señala Carl Schorske, constituía uno de los sectores más fieles a la monarquía católica de los Habsburgo y a la política de modernización que promovió. Su testimonio brinda una descripción objetiva:

Mis padres (...) eran gente acomodada que poco a poco fue haciéndose rica, incluso muy rica, y eso, en aquella época, era un buen colchón para asegurar paredes y ventanas. Su forma de vida me parece tan típica de la llamada «buena burguesía judía» (la burguesía que hubo de dar a la cultura vienesa valores tan esenciales y que, como contrapartida, hubo de ser totalmente exterminada) que, con este informe sobre su existencia cómoda y silenciosa, narro en realidad algo impersonal: al igual que mis padres, diez o veinte mil familias de Viena llevaron la misma vida en aquel siglo de valores asegurados. ¹¹

El abuelo se dedicaba al negocio de productos industriales que permitió a su padre crear una fábrica de tejidos en Bohemia; por su amplia prosperidad fue calificado por su hijo de «gran industrial». La familia de su madre tenía conciencia de gozar de un rango más elevado aún que la de su padre, especialmente gracias a su implantación internacional en la red de grandes banqueros:

⁶ Zweig, Stefan, **Brasil, país del futuro**, Buenos Aires, El Aleph, 1999, p. 7.

⁷ *Ídem*, pp. 6-7.

⁸ Carl Schorske, **Vienne, fin de siècle**, Paris, Seuil, 1983 [hay traducción castellana: **La Viena de fin de siglo**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011]; Michael Pollak, **Vienne 1900, une identité blessée**, Paris, Gallimard Julliard, 1984.

⁹ Zweig, Stefan, **El mundo de ayer**, *op.cit.*, p. 10.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ídem*, p. 22.

Los Brettauer (...) pronto se habían dispersado por el mundo desde Hohenems, un pueblecito de la frontera suiza, siguiendo el modelo de las grandes familias banqueras judías, aunque, claro está, en dimensiones mucho más pequeñas (...). En este círculo familiar ya no existían pequeños comerciantes ni corredores de bolsa, sino sólo banqueros, directores, catedráticos, abogados y médicos; todos hablaban más de una lengua, y recuerdo la naturalidad con que en casa de la tía de París, durante las comidas, se pasaba de una a otra indistintamente. Era una familia muy «apegada a sí misma» (...). Este orgullo de pertenecer a una «buena familia» era inextirpable en todos los Brettauer.¹²

Entre 1887 y 1900 Zweig hizo sus estudios primarios y secundarios en Viena y después de recibirse de bachiller hizo su primer viaje a París. Sus comienzos como escritor datan de antes del fin del secundario, época en la cual ya publicaba poemas en revistas literarias. Su primera recopilación de poemas se publicó en Berlín en 1901. Esa precocidad obedecía a la comodidad económica de su familia y a la importancia dada por esas familias judías a la inversión intelectual. Es probable que, por ser hermano menor, haya encontrado mayores facilidades para dedicarse a los placeres intelectuales que su hermano mayor, Alfred, que sucedió a su padre en la administración de sus negocios; pero más importante para explicar su vocación de escritor parece haber sido el deseo de las grandes familias judías de emanciparse de su estatuto de inferioridad a través del reconocimiento de individuos dotados de talento y de una cultura universal. Lo que fue típico de su trayectoria, la utilización de su riqueza económica para hacerse camino en una carrera artística o de mecenas protector de las artes nuevas, resultó la realización del propósito más secreto y fundamental de los judíos como comunidad de destino. De allí que, a los sesenta años, el escritor que defendía desde su juventud un individualismo sin restricciones pudiera reconciliarse con sus orígenes de grupo estigmatizado que lo hizo todo para trascender su situación inicial:

En opinión generalmente aceptada, la verdadera y típica finalidad de la vida de un judío consiste en hacerse rico. Nada más falso (...) No se debe a una casualidad el que un lord Rothschild llegase a ser ornitólogo, un Warbug, historiador del arte, un Cassirer, filósofo, y un Sassoon, poeta; todos cedieron al mismo impulso inconsciente de liberarse de lo que un judaísmo estrecho de miras había limitado al mero y frío ganar dinero (...) «Buena» familia significa, pues, algo más que un elemento puramente social que ella misma se otorga con este calificativo; significa un judaísmo que se ha liberado o empieza a liberarse de todos los defectos, las mezquindades y pequeñeces que el gueto le había impuesto, a fuerza de adaptarse a otra cultura y, si era posible, a una cultura universal.¹³

De 1900 a 1904, cursa filosofía y estudios germánicos y románicos en la universidad de Viena. En julio de 1904 defiende su tesis de doctorado en filosofía con un trabajo sobre Hippolyte Taine;

en sus años de juventud parece haberse dedicado más a frecuentar la bohemia literaria, acercándose a pretendientes de orígenes sociales y geográficos muy diversos, sin sentir necesidad de profundizar los conocimientos de un ámbito especializado con el objeto de afirmarse profesionalmente. De hecho, su reconocimiento como hombre de letras tuvo lugar muy tempranamente. Envío una obra poética al diario **Neue Freie Presse**, «el cual, por su posición distinguida, por sus esfuerzos en favor de la cultura y por su prestigio político, significaba para toda la monarquía austro-húngara lo mismo que, poco más o menos, el **Times** para el mundo inglés y el **Temps** para el francés.»¹⁴ Theodor Herzl, entonces crítico y responsable –antes de dedicarse por completo a la causa sionista–, aceptó de inmediato el artículo presentado. Fue el comienzo de una amistad larga y duradera. Zweig nunca olvidó ese gesto del crítico preferido de los vieneses que permitió acelerar su reconocimiento literario:

Gracias a él, de la noche a la mañana yo había ascendido, a los diecinueve años, a una posición prominente, y Theodor Herzl, que desde aquel momento me trató con bondad y afecto, aprovechó en seguida una ocasión casual para escribir, en uno de sus ulteriores artículos, que no había motivos para creer en la decadencia del arte en Viena. Todo lo contrario, junto a Hofmannsthal, había ahora una retahíla de jóvenes talentos de los que cabía esperar lo mejor, y mencionaba mi nombre en primer lugar¹⁵

Viajó por toda Europa, empezando por Berlín, y luego París, Londres, Bruselas, algunas ciudades de España y de Italia. Se dedicó entonces a la traducción de poesía, novelas, y obras de teatro, y en general a la crítica literaria, todos medios de «ejercitación» – como él mismo calificó esos años de diletantismo literario financiados por su situación familiar. Se dedicó en especial al teatro, actividad cultural que, como recuerda Michael Pollak, ocupaba el primer plano de la escena de Viena, y en 1905 ó 1906 concibió la obra «Thersite», aceptada por el Teatro Real de Berlín. La muerte del actor principal, seguida por otras peripecias con grandes actores austríacos, postergó su consagración como autor para el año 1912 con la obra «La Casa de la orilla del mar». De esa forma, en 1914, antes de que fuera movilizado como oficial de tropas del Imperio Austrohúngaro, su fama como hombre de letras ya se había establecido, tanto como poeta y autor de cuentos y biografías, como de obras de teatro y ensayos. Había viajado también a Argelia, a la India y a los Estados Unidos, pero al parecer Sudamérica como continente no le suscitaba un interés particular, ni por sus paisajes, ni por su cultura. El universalismo de sus afanes literarios no integraba al continente sudamericano en su perímetro.

Durante la guerra de 1914, se alistó como voluntario y fue destinado a los Archivos imperiales de la guerra, en el «grupo literario» que se ocupaba del servicio de prensa y de las actividades de propaganda. Hacia 1912 conoce a Friderike von Winternitz (1882-1971). La pareja se constituye durante la guerra, y vive en una casa

¹² *Ídem*, pp. 27-28.

¹³ *Ídem*, pp. 29-30.

¹⁴ *Ídem*, pp. 136-137.

¹⁵ *Ídem*, pp. 144-145.

en los suburbios de Viena, en una relación que concluye en matrimonio en enero de 1920. Gracias a su capital social, ni sus actividades literarias ni su vida íntima sufrieron demasiadas interrupciones, hasta la derrota germánica en 1919. El 1 de diciembre del 1914, señalaba en su diario:

Presentación en los Archivos de guerra. Me han confiado un trabajo realmente muy agradable que me satisface. No una tarea subalterna o de segundo orden, sino un verdadero trabajo. Esperemos que lo lograré! Vestido con el uniforme por primera vez hoy, sentimiento ajeno, a pesar de todo. Uno se siente un poco ridículo con un sable del cual uno no se sirve.¹⁶

En 1917, concluye su largo poema «Jeremías», presentado en el teatro en 1918. Viaja entonces a Suiza para participar en una serie de conferencias, y conoce a Romain Rolland, quien abrigaba convicciones pacifistas. Los horrores y las matanzas de la Primera Guerra Mundial dejaron una profunda huella en Zweig. Su pacifismo se alimentó de la proximidad de los combates mortíferos, seguramente informado de las masacres de la guerra de trincheras, pero lo suficientemente alejado como para no padecer amenazas directas.

En todo caso hemos de observar que su obra posterior conlleva la marca de esa experiencia dolorosa, no tanto en relatos o análisis de enfrentamientos armados, como en obras como **Castello contra Calvín** (1935) o **El triunfo y la tragedia de Erasmo de Rotterdam** (1934), alegatos a favor de la tolerancia frente a la diferencia radical de ideales y concepciones del mundo. No se trata aquí de examinar esa parte de su obra literaria. Para nuestro propósito central basta constatar que de 1919 a 1932, fecha en la cual su editor en Brasil —Abraham Koogman— le escribe una carta proponiéndole traducirlo, su prestigio literario ha alcanzado su apogeo. Al final de la guerra, en marzo de 1919, se aleja de Viena y se va a vivir a Salzburgo, donde vive con Friderike y sus hijas después de su casamiento. Tomar distancia de «mis queridos amigos, debido a nuestras opiniones divergentes durante la guerra» le procuró la tranquilidad necesaria para su «trabajo [que] siempre y en cualquier lugar sacó provecho de esta vida retirada»; pero sería un error creer que ese período es uno de aislamiento: muy por el contrario, desarrolla entonces una intensa actividad epistolar, que se complementa con frecuentes viajes por toda Europa y, sobre todo, por la acogida en su hogar de los intelectuales más prometedores o de vanguardia. La casa de Salzburgo funcionó así como un salón prestigioso. Su notoriedad se debía tanto a sus obras como a su posición de mediador entre individuos, círculos y tendencias artísticas y eruditas, y a su vocación por tejer los hilos del debate constitutivo de la República de las Letras a escala europea. De allí en más, los que iban a verlo a Salzburgo constituían la prueba más segura de su notoriedad internacional y de su papel de corredor bien informado del mercado de los valores en alza o en baja. Aunque lejos de los salones y de los cafés de la Viena de antaño,

Nuestra casa de Kapuzinerberg se volvió una casa europea. ¿Quién no ha sido hospedado ahí? Nuestro libro de oro lo podría certificar mejor que el recuerdo solo, pero este libro también, con la casa y tantas otras cosas, quedó presa de los nacional-socialistas. ¿Con quiénes no hemos pasado ahí horas cordiales, contemplando desde la terraza el hermoso y apacible paisaje, sin sospechar que justo en frente, sobre la montaña de Berchtesgaden estaba el hombre que iba a destruir todo eso? Romain Rolland se quedó en nuestra casa, y Thomas Mann; entre los escritores Van Loon, James Joyce, Emil Ludwig, Franz Werfel, Georg Brandes, Paul Valéry, Janes Adams, Schalom Asch, Arthur Schnitzler fueron nuestros huéspedes, acogidos con toda amistad; entre los músicos, Ravel y Richard Strauss, Alban Berg, Bruno Walter, Bartók, sin hablar de los pintores, actores, eruditos venidos de todos los puntos de la rosa de viento. ¿Cuántas buenas y claras horas de conversación nos traía el soplo de cada verano?¹⁷

El indicio más significativo de su posición de vocero acreditado de la comunidad intelectual europea es sin dudas el discurso pronunciado en los funerales de Sigmund Freud, el 26 de septiembre de 1939; el otro orador fue Ernst Jones, en nombre de los círculos de psicoanalistas. Es verdad que se frecuentaban y que, en 1908, comenzó una correspondencia bastante periódica, nutrida sobre todo por los envíos de libros de Zweig seguidos de comentarios de Freud.¹⁸ Stefan Zweig publicó incluso una biografía del fundador del psicoanálisis, fríamente recibida por el maestro. No fue reconocido como un pensador que podía sopesar la innovación científica introducida por Freud, sino más bien como el escritor famoso que podía atestiguar el impacto de sus descubrimientos en todos los ámbitos del conocimiento y en las transformaciones del sentido común: «Ese extraordinario descubrimiento del alma humana vive, como una leyenda imperecedera, en todos los idiomas y en el sentido más literal, porque acaso ¿hay un idioma que podría pasarse, privarse de los conceptos, de los vocablos, que arrancó al crepúsculo del inconsciente?».¹⁹

Las teorías de Freud sólo podían ser percibidas por un hombre de letras del tipo de Zweig como una invitación a agudizar la mirada a fin de sondear los misterios de la vida íntima, incluidos los de los grandes personajes cuyos nombres se recuerdan en la memoria colectiva o la historiografía. El trabajo minucioso que solía preceder a la escritura de sus biografías, como por ejemplo la consagrada a **María-Antonieta** —y sin que ello signifique pretensión alguna por convertirse en historiador—, tal vez se vinculaba a una búsqueda por acceder a detalles capaces de develar la trama de motivaciones y actos íntimos que explicarían mejor ciertos comportamientos cuya lógica comúnmente está vedada al entendimiento. En todo caso, por su vocación por atender a su sociabilidad inmediata y por el sentido mismo que le asigna a su trabajo literario, parece haber sido poco sensible a las dimensio-

¹⁶ Klemens Renolder, Hildemar Holl y Peter Karlhuber, **Stefan Zweig: instants d'une vie**, Paris, Stock, 1994, p. 64.

¹⁷ Stefan Zweig, **El mundo de ayer**, op. cit., pp. 437-438.

¹⁸ Cfr. Sigmund Freud y Stefan Zweig, **Correspondance**, Paris, Payot et Rivages, 1995.

¹⁹ Klemens Renolder, Hildemar Holl y Peter Karlhuber, **Stefan Zweig: instants d'une vie**, op.cit., p.157.

nes propiamente sociales de la evolución histórica; en la anterior cita, se puede observar el dolor de quien ha percibido demasiado tarde, por detrás de la felicidad de las conversaciones intelectuales de los días de verano, la llegada al poder de Adolfo Hitler. El retorno de lo reprimido, en este caso, se debía sencillamente al encadenamiento de actos interdependientes, como dice Norbert Elias. Las persecuciones y las amenazas padecidas ya a principios de 1930, que lo llevarán a buscar refugio en el Brasil, se sintieron tanto más en la medida en que Zweig no se había percatado del entrelazamiento de acontecimientos que transformaron la llegada del nazismo en una ola irresistible. Al igual que lo ocurrido con su amigo Sigmund Freud, la disección de los mecanismos del alma humana no lo protegió contra una violencia que lo empujó hacia el camino inexorable del exilio.

II. El Europeo apátrida

El año 1932 marca un giro en la recepción de los libros de Stefan Zweig que anuncia un brutal cambio entre el autor y sus lectores. Su prestigio internacional era tal que un joven editor de Río de Janeiro, Abrahao Koogman, muy vinculado con la comunidad judía europea que emigró al Brasil, le envió una carta proponiéndole un plan sistemático de publicación de sus obras. Era el principio de un vínculo comercial y, posteriormente, de una amistad que perduraron hasta la muerte de Zweig, y que fueron esenciales en las disputas vinculadas a los funerales y al cumplimiento de disposiciones testamentarias diez años más tarde. Por otra parte, el antiintelectualismo de los nazis llegó hasta la quema de libros en plazas públicas; nuestro autor no pudo evitar esa suerte. Desde esa época hasta 1938, sus libros fueron publicados en Austria, en la editorial Herbert Heichener. Pero la edición de **Brasil, un país del futuro**, fue la obra de un editor alemán que se hallaba instalado en Estocolmo, Suecia. La llegada masiva de sus libros al Brasil coincidió con el anatema pronunciado en Alemania y luego en Austria; como lo señalan sus memorias, una cosa podía difícilmente compensar la otra, en particular porque la pérdida concernía a quienes lo leían en su idioma materno, la lengua de composición de todas sus obras. Todos sus esfuerzos centrados en la valoración del alemán como idioma de expresión literaria y acumulación de conocimientos, de acuerdo con sus predecesores o algunos de sus contemporáneos, quedaban repentinamente devaluados. La imposibilidad de un retorno a la tierra natal cambió por completo el sentido y los sentimientos que acompañaban sus viajes; las fronteras nacionales dejaban huellas aún en alguien para quien transponerlas sin cesar, a fin de afirmar el universalismo de su marco de reflexión, había sido una cuestión fundamental.

En 1934, durante la requisita de su casa de Salzburgo por la policía, se dio cuenta de que, en el futuro, las persecuciones no harían más que aumentar. El pretexto policial revelaba el hecho de que los escritores como él eran enemigos: los policías venían a embargar un escondite de armas después de un ataque de la Wehrmacht con ametralladoras y cañones en los barrios obreros de Viena. Para Stefan Zweig, «la última vez que la democracia

europea se defendió así del fascismo fue en España.»²⁰ Al día siguiente, en Salzburgo,

mientras todavía estaba leyendo en la cama, llamaron a la puerta; nuestro bueno y anciano sirviente (...) apareció con la cara descajada. Me dijo que tenía que bajar, que habían venido unos señores de la policía para hablar conmigo (...) Me esperaban allí cuatro policías de paisano, los cuales me comunicaron que tenían orden de registrar la casa; les tenía que entregar en el acto las armas de la Alianza Defensiva Republicana que tuviera escondidas (...) Tras aquella visita oficial mi casa dejó de gustarme y tuve el presentimiento de que aquellos episodios no eran sino el tímido prelude de intervenciones de mayor alcance. Aquella misma tarde empecé a empaquetar los papeles más importantes, decidido a vivir en adelante en el extranjero (...) Sin informar de mi propósito a ningún amigo ni conocido, dos días más tarde emprendí viaje a Londres.²¹

De hecho, Zweig se fue solo, ya que su esposa Friderike y su familia siguieron residiendo en la misma casa. Hay que observar que ese incidente se produjo antes de que los nazis se hicieran con el poder en Austria. Desde esa partida de su país natal, los viajes se multiplicaron y cambiaron de sentido. Sintiendo víctima de las persecuciones nazis, Zweig amplió el horizonte de sus contactos internacionales. Esa preocupación es la que puede explicar su visita al Brasil en 1936. Tal como lo formuló en sus memorias:

Viví aquellos años en Inglaterra sólo físicamente, no con toda el alma. Y fue precisamente la inquietud por Europa, esa dolorosa inquietud que nos destrozaba los nervios, lo que, en los años entre la toma del poder por Hitler y el estallido de la Segunda Guerra Mundial (...) Un ciclo de conferencias a lo largo y ancho de los Estados Unidos me ofreció la grata oportunidad de ver este inmenso país en toda su diversidad y, a la vez, unidad, de este a oeste y de norte a sur. Pero quizá fue todavía más fuerte la impresión que me causó América del Sur, adonde acepté viajar de buen grado a raíz de una invitación al congreso del PEN Club Internacional; nada me pareció tan importante en aquel momento como reforzar la idea de la solidaridad espiritual por encima de países y lenguas (...) Cuando, al cabo de unas horas de parada, el barco desatracó de nuevo, corrí a mi camarote. Me resultaba demasiado doloroso seguir viendo ese hermoso país que había caído víctima de una horrible desolación por culpa de otros; Europa me parecía condenada a muerte por su propia locura, Europa, nuestra santa patria, cuna y Partenón de nuestra civilización occidental.²²

La experiencia del Congreso en la Argentina y la estadía en el Brasil como huésped oficial de Getulio Vargas, entonces presidente electo después del establecimiento de la Constitución de

²⁰ Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, op.cit., p. 483.

²¹ *Idem*, pp. 486-487 y 488-489.

²² *Idem*, pp. 497-498 y 500.

1934, se inscribieron en el proyecto de hacer renacer la esperanza de una Europa de libertades mucho más allá de sus fronteras físicas: «Deberíamos empezar a pensar, me decía a mí mismo, ya no sólo a la europea, sino mirando más allá de Europa; no deberíamos enterrarnos en un pasado moribundo, sino participar en su renacimiento».²³

Redactadas probablemente en el Brasil, esta parte de sus memorias condensa el argumento central del elogio realizado en **Brasil, país del futuro**. Las teorías raciales no tenían allí sustento alguno como ocurría en Europa, el territorio era tan inmenso y deshabitado que podía permitir la inmigración de los perseguidos en Europa para desarrollar una civilización nacida en el hemisferio norte. Después de expresar un juicio favorable de la Argentina, Stefan Zweig comparaba las condiciones de vida en América del Sur y en Europa:

Una impresión no menos imponente, una promesa no menor, supuso para mí Brasil (...) aquí, el embrutecimiento que trajo consigo la Primera Guerra Mundial no ha penetrado todavía en las costumbres, en el espíritu de las naciones; aquí los hombres viven más pacífica y educadamente que entre nosotros, menos hostil que entre nosotros es el trato entre las diferentes razas; aquí el hombre no ha sido separado del hombre por absurdas teorías de sangre, raza y origen; se tenía el singular presentimiento de que aquí todavía se podía vivir en paz; aquí el espacio, por cuya mínima partícula luchaban los estados de Europa y lloriqueaban los políticos, estaba preparado, en una abundancia inconmensurable, para recibir el futuro (...) aquí se podía continuar y desarrollar en nuevas y grandiosas formas la civilización que Europa había creado. Con ojos felices ante las mil formas de la belleza de aquella nueva naturaleza, vi el futuro.²⁴

Stefan Zweig llegó por primera vez al Brasil el 21 de agosto del 1936 y sólo permaneció allí 12 días en los que fue huésped oficial del gobierno brasileño.²⁵ Al llegar, el presidente de la Academia Brasileña de Letras lo esperaba en el puerto. Sus conferencias en la Academia y en los sitios de más renombre de la intelectualidad conservadora tuvieron gran repercusión. Frecuentó también el Instituto Brasileño de Historia y Geografía (IHGB), garante de la historiografía oficial. El 25 de agosto de 1936 fue recibido en el palacio presidencial por Getulio Vargas, del cual hizo el elogio a la salida del encuentro. Ofreció también una conferencia promovida por el Centro Israelita Brasileño; el editor Abraham Koogman desempeñó un papel importante en la organización de su estadía y, como ya señalamos, la exclusividad de los derechos de publicación de las obras del escritor austríaco data de ese mismo año. Es probable que en esa época haya iniciado las negociaciones con el gobierno de Vargas en relación a la publicación de **Brasil, país del futuro** a cambio de una visa permanente ya que, poco después de su regreso a Europa, distintos diarios europeos

y norteamericanos publicaron el ensayo **Pequeño viaje a Brasil** (entre el 17/10/1936 y el 8/11/36). Ese breve texto incluía las observaciones consignadas en su diario y las propuestas fundamentales del libro publicado en 1941.²⁶ La presencia más fuerte del fascismo en la Argentina quizás influyó en su elección del Brasil como refugio en América del Sur. En una carta de septiembre de 1936 a su mujer Friderike, señalaba su malestar ante el congreso organizado por el PEN Club en Buenos Aires:

El congreso está puntuado de choques entre fascistas y los demás, luego cae de nuevo en un mortal aburrimiento —;todo está traducido en tres idiomas! No hablé ni una vez, rechacé presidir, no estoy bueno produciéndome en público (...) Una foto de formato gigante me representa llorando durante el discurso de Ludwig. Sí, es lo que se podría leer en enormes caracteres! En realidad estaba tan asqueado cuando se nos presentó como mártires que había ocultado la cabeza entre las manos para que no me fotografieran, y fue justamente eso lo que tomaron, luego inventaron una leyenda adecuada.²⁷

El Brasil de 1936 había experimentado los conflictos ideológicos que marcaban el panorama europeo: en noviembre de 1935, el sublevamiento de la Alianza Nacional de Liberación (ANL), con fuerte participación de los comunistas en Río de Janeiro, Recife y Natal en el Nordeste, fue sofocado por el ejército. Los integralistas, versión local del fascismo, se organizaban en todo el país, pero en ese momento apoyaban al presidente Vargas (trataron de derrocarlo sin éxito en 1938). La revolución de 1930 se había institucionalizado gracias a una Asamblea Constituyente libremente electa, que dotó al país de un nuevo título legal en 1934. Debidamente elegido tras la votación de la constitución de 1934, la autoridad de Getulio Vargas ya no dependía del exclusivo control del ejército y de la policía, aunque la cláusula de uso de las facultades de «estado de guerra» fue utilizada constantemente después de la sublevación de 1935. Por otra parte, la dificultad de los intercambios económicos con Europa y los Estados Unidos, tras la crisis de 1929, trajo aparejado un cierto crecimiento económico promovido por la industrialización vinculada a la sustitución de importaciones. El fuerte crecimiento urbano de ese período no estuvo vinculado al desempleo masivo, como en Estados Unidos y en Europa, sino a la expansión del mercado de trabajo industrial que ofrecía oportunidades económicas y sociales a los obreros, más ventajosas que las que tenían los campesinos. De esa forma, el primer viaje se realizó en el momento en que el Brasil estaba pasando a ser de un país exportador de productos agrícolas (café, azúcar, cacao, caucho) a un país industrializado, de un país rural a un país urbanizado; se trataba de un momento particularmente favorable. Los servicios públicos se estaban expandiendo considerablemente: tal los casos del sistema educativo federal, de la promoción de servicios de salud en el conjunto del territorio, y de la creación de una infraestructura de transporte. El Estado nacional conoció en esa época una centralización del sistema de deci-

²³ *Ídem*, pp. 500-501.

²⁴ *Ídem*, pp. 501-502.

²⁵ Alberto Dines, **Morte no Paraíso**, Rio de Janeiro, Rocco, 2004, p. 19.

²⁶ *Ídem*, p. 75, n. 114.

²⁷ Klemens Renolder, Hildemar Holl y Peter Karlhuber, **Stefan Zweig: instants d'une vie**, *op.cit.* p. 155.

siones y una reorganización sin precedentes de sus modos operativos. El establecimiento de Facultades de filosofía, ciencias y letras permitió la construcción de verdaderas universidades como la de San Pablo en 1934 y la de Río de Janeiro en 1935. Eran instituciones que ofrecían una base firme para la instalación de un mercado cultural, permitiendo en primer lugar una mayor autonomía de las editoriales en relación con las librerías de las metrópolis. Contribuían, además, a la formación de productores y de un público de teatro y radio, de la industria del disco y, más tarde, del cine y la televisión. El futuro colectivo e individual conocía otros horizontes; la profecía de Stefan Zweig, como la de tantos otros, señalaba un futuro que estaba objetivamente inscripto en las tendencias de la época. Pero en su caso, su fama de hombre de letras cosmopolita resultaba especialmente apta en el reconocimiento y la sanción del Brasil como una colectividad dotada de un proyecto de sociedad con los atributos necesarios para ser reconocida como «civilizada». En un mundo en guerra, frente a la ambición nazi de extender su control a América del Sur, esa predicción tenía aún más valor para los gobernantes.

III. Crónica de un suicidio anunciado

Aún antes de la declaración de guerra, la anexión de Austria por parte de Alemania en marzo de 1938 impulsó a Zweig a adoptar la decisión de cambiar de nacionalidad; en octubre del mismo año, pidió la nacionalidad británica. Sus libros fueron quemados en Salzburgo; el vínculo amoroso con su nueva secretaria, Charlotte Altman, originó su divorcio con Friderike, aunque continuaron su correspondencia. En 1939, año del comienzo de las hostilidades en Europa, se casó con Altman, quien se mató el mismo 23 de febrero de 1942. La guerra marca para él la señal mayor de que el mundo que había contribuido a constituir se había derrumbado definitivamente; sus memorias finalizan deliberadamente el 3 de septiembre de 1939, fecha de la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania. Esa lucidez progresiva de la significación del exilio está muy claramente tratada en sus memorias. El intelectual libre de todos los lazos y las raíces terminaba conociendo las limitaciones de todo exiliado, de todo inmigrante:

La caída de Austria produjo en mi vida privada un cambio que en un principio consideré del todo insignificante y puramente formal: perdí mi pasaporte austríaco y tuve que pedir a las autoridades británicas un documento sustitutivo, un pasaporte de apátrida. En mis sueños cosmopolitas me había imaginado a menudo en mi fuero interno cuán espléndido y conforme a mis sentimientos sería vivir sin estado, no estar obligado a ningún país y, por lo tanto, pertenecer a todos sin distinción. Pero una vez más tuve que reconocer cuán imperfecta es la fantasía humana y hasta qué punto no comprendemos las sensaciones más importantes hasta que no las hemos vivido nosotros mismos.²⁸

Todos los que acusan a la sociología del arte de reduccionismo, de introducir artificialmente el análisis de las restricciones sociales en el examen de las obras de arte –sobre todo en las obras de ficción– para comprender mejor el abanico de sus múltiples significados, deberían meditar sobre este testimonio de Stefan Zweig. En todo caso, una vez declarada la guerra, aún la naturalización del nuevo matrimonio Zweig no lo protegía de las preocupaciones impuestas a todos ellos que han nacido en el suelo de los enemigos de Gran Bretaña. En junio de 1940, obtuvo una visa de seis meses en el Brasil adonde fue más tarde pasando por los Estados Unidos. Llegó allí el 21 de agosto de 1940 y partió cinco meses más tarde, el 21 de enero de 1941. Durante esa estancia, viajó a la Argentina y al Uruguay, oportunidad que le permitió obtener una visa permanente para Brasil. Fue en ese viaje que tomó las notas y formuló las observaciones abordadas en **Brasil, país del futuro**. A su regreso, visitó Belem en el Amazonas e hizo un viaje a los Estados Unidos, antes de regresar a Londres. Gracias a la calidad de las bibliotecas y librerías de Nueva York, la redacción de **Brasil, país del futuro** concluyó en suelo norteamericano. Para el matrimonio Zweig, el país sudamericano se presentaba también como el país de la última oportunidad:

Fui a mi habitación y coloqué mis cosas en una maleta. Si se confirmaba lo que había predicho un amigo que ocupaba un cargo importante, en Inglaterra a los austríacos nos contarían entre los alemanes y cabía esperar que nos impusieran las mismas restricciones; quizás aquella misma noche ya no me dejarían dormir en mi cama. Había bajado un escalón más: desde hacía una hora ya no era sólo un extranjero en aquel país, sino también el enemigo, un extranjero enemigo, exiliado por la fuerza en un lugar donde no se hallaba su corazón palpitante. ¿Se podía imaginar una situación más absurda para un hombre expulsado hacia tiempo de una Alemania que lo había estigmatizado como antialemán a causa de su raza y de su modo de pensar, que la de encontrarse en otro país donde, por un decreto burocrático, le imponen una comunidad de la cual, como austríaco, nunca ha formado parte?²⁹

En agosto de 1941, el matrimonio Zweig llegó a Río de Janeiro para instalarse por un período más largo. Alquiló a tal efecto una casa en Petrópolis hasta abril de 1942; esa ciudad, en el siglo XIX, había acogido la residencia de verano del Emperador del Brasil que pertenecía por su madre al linaje de los Habsburgo. Será su última morada; allí concluyó sus memorias en noviembre de 1941, donde el desamparo frente a la evolución de Europa resulta evidente:

Cualquier otro vínculo, todo lo anterior y pasado, se había roto y destruido, y yo sabía que, después de esta guerra, todo debería volver a empezar de nuevo, pues la misión más íntima a la que había dedicado toda la fuerza de mi convicción durante cuarenta años, la unión pacífica de Europa, había fracasado. Aquello que yo temía más que a la propia muerte, la guerra de todos contra todos, se había desencadenado por

²⁸ Stefan Zweig, **El mundo de ayer**, *op.cit.*, p. 512.

²⁹ *Ídem*, p. 544.

segunda vez (...) Y sabía que una vez más todo lo pasado estaba prescrito y todo lo realizado, destruido: Europa, nuestra patria, por la que habíamos vivido, sería devastada más allá de nuestras propias vidas.³⁰

Esa misma sensación, explícita en sus memorias, de agotamiento físico y mental en los esfuerzos de reconstrucción de su vida individual, incluso después de finalizada la guerra, se expresa en la Declaración del 22 de febrero de 1942, donde trata de explicar su suicidio. En diciembre de 1941, justo después del ataque japonés contra Pearl Harbour, los Estados Unidos entraron en guerra, pero aún en 1942, el avance de los países del Eje constituía la característica predominante de la evolución de los combates. Al mismo tiempo que concluía su autobiografía, Stefan Zweig elaboró un cuento —«El jugador de ajedrez»— que mostraba de qué forma un rústico descendiente de campesinos de Europa central podía vencer a todos sus rivales mucho más cultos que él mediante la simple aplicación de su inteligencia en una modalidad única del juego social. Quizás sea la única metáfora que lograría forjar para explicar la ascensión meteórica de Adolf Hitler, así como la radical impotencia de los intelectuales para cerrarle el camino. En el momento del carnaval —del 15 al 17 de febrero de 1942— regresó a Río acompañado por Lotte Altman para alojarse en un barrio tranquilo en lo de su editor Abrahao Koogman. Volverán a Petrópolis a toda prisa, después de que Zweig leyera en los periódicos del 17 de marzo noticias que fueron percibidas como una señal de que los males de la guerra estaban llegando también a Brasil. Zweig entregó al editor sobres que debía abrir más adelante: contenían los manuscritos del cuento para enviar a los editores extranjeros y sus disposiciones testamentarias. La pareja regresó a Petrópolis sin que nadie supiera que la decisión del fin último estaba tomada. A pesar de sus instrucciones relativas a un entierro en el cementerio judío de Río de Janeiro, las deliberaciones entre la burocracia de Vargas, su editor, y los líderes de las asociaciones judías, desembocaron en la imposición de funerales nacionales en Petrópolis. Quien había predicho un destino de primer nivel para el Brasil quedaba así incorporado al panteón nacional. La violencia infligida a la vitrina de la librería quizá sólo sea la reproducción del acto colectivo del rito de iniciación, en el sentido de Van Gennep, en que los representantes de la Nación, de los cuerpos intermedios o de simples empresas comerciales se han apoderado de los cuerpos de los individuos para convertirlos en símbolos.

Los malentendidos sobre ese honor, que contrariaba explícitamente el deseo del difunto, muestran la complejidad de los equilibrios de fuerza inscriptos en los equilibrios de sentido, y prefiguraban debates futuros bajo forma de ensayos, reportajes, obras de teatro, películas o de sencillos análisis sociológicos. ¿Víctimas del autoritarismo, homogeneizando los regímenes europeos y brasileños de la época? ¿Imágenes de mártires del antisemitismo como prefiguraba el episodio argentino? ¿Incomprensión de todo libre pensador, como la persecución de Sócrates? ¿Acontecimiento que podría no haber sucedido nunca si el con-

junto de las circunstancias que lo hicieron inevitable no se hubieran presentado de manera tan adversa? Imposible sostener una única alternativa.

Hay que señalar, sin embargo, que Stefan Zweig fue generoso con sus anfitriones y respetuoso de todos los acuerdos públicos. Un pequeño texto titulado «Declaração» —de uso habitual en el Brasil como protocolo que antecede una toma pública de la palabra, aunque en este caso redactado totalmente en alemán— deja ver su preocupación porque su suicidio pudiera ser interpretado como un rechazo de la tierra que lo había acogido, o incluso como una señal de que su libro no era más que un conjunto de fórmulas de circunstancia o carentes de sinceridad. Zweig manifiesta allí que se sintió muy bien recibido, y se muestra esperanzado respecto al destino del Brasil, al punto de señalar que, si hubiera tenido que reconstruir completamente su vida, lo elegiría como lugar de residencia. Sólo que una decisión de esa índole hubiera comportado exigencias que no podía asumir por falta de fuerzas. esa decisión. Una vez más, creo que reafirmaba que se contaba entre los artesanos de **El Mundo de Ayer**, aunque muy decepcionado por las vías de su evolución o de su derrumbe. Sus escritos, sin embargo, constituyen testimonios o huellas que permiten a las nuevas generaciones descubrir las trampas que enfrentó durante su vida e incluso después de su muerte. ¿Acaso no tomó la precaución de enviar a los editores de varios países su último manuscrito y de consignar por escrito el destino de toda su obra?

En fin, ¿el inusitado fin de su vida no reforzó la necesidad de leer sus textos para entender su mundo —vivido o imaginado a partir de sus vivencias—, ese universo diferente del que enfrentan sus lectores en la vida cotidiana, un mundo habitado por configuraciones reconstruidas por arqueólogos, el *Mundo de Ayer*? ¿No nos lleva a aguzar formas de pensamiento que permitan comprender la trama de relaciones entre literatura y situación social en que cada texto adquiere existencia objetiva?

Espero por mi parte haber contribuido por lo menos a mostrar que los problemas propuestos por Víctor Karady acerca de los vínculos entre la intelectualidad judía, la génesis de naciones de Europa Central, y el antisemitismo, son llaves valiosas para tratar de entender la génesis de las profecías sobre el futuro nacional del otro lado del Atlántico, en América del Sur. Espero, además, haber respetado las reglas de su conducta como sociólogo: la universalidad de una problemática, o de un modelo de explicación, no se decreta a partir de una autoridad institucional —por importante que sea su notoriedad y prestigio—, sino que se demuestra mediante un análisis empírico que somete la teoría a la prueba de los procesos que debe permitir comprender.

[Traducido por Pablo Tiscornia.

Revisión técnica de Laura Fernández Cordero y Martín Bergel]

³⁰ *Ídem*, p. 545-546.